



Tras la publicación de *Desolación y vuelo* (1951-2011), José Corredor-Matheos vuelve a mostrar la vitalidad de su lírica en su poemario más reciente, *Sin ruido*, igualmente editado por Tusquets (2013), y que viene a situarse en la misma línea esencializadora y reflexiva de su poesía última.

Escritos, la gran mayoría de los poemas, desde un tú autorreferencial, sus continuos interrogantes y el valor deíctico de las constantes alusiones pronominales pueden entenderse también como apelaciones al lector, que tiende así a identificarse con el sujeto poético y, en consecuencia, a participar del universo de sensaciones que se expresan.

Los versos de Corredor-Matheos, como anuncia ya el título del libro, brotan desde el silencio y hacia el silencio se orientan, en una actitud que es de naturaleza gnoseológica porque se trata de un silencio vivo y rumoroso, lleno de potencialidades expresivas, ese silencio que sólo puede concebirse como una ventana abierta siempre hacia la búsqueda del conocimiento: “así vas aprendiendo/ a conocer/ el gozo y el dolor/ de que estás hecho.”

Versos que, como ya es característico de la poética del autor, alzan el vuelo desde la renuncia y el despojamiento hacia una concepción himnica de la existencia. Poemas que “recogen sensaciones del instante”, y que desde una actitud celebrativa tienden a “apreciar la belleza del mundo” y a transmitir sentimientos de plenitud incluso cuando el poeta asume su destino de ceniza, porque la ceniza aparece también dotada de una cualidad trascendente. No hay, pues, desolación ni consuelo en este poemario, tan sólo la asunción de una realidad vivida y sentida plenamente: la de comprobar que “ya ha llegado la hora” y sin embargo “el sol brilla con fuerza/ tan sólo para ti.”

A lo largo de las siete partes en que el libro se estructura, como siete peldaños que llevan hacia la plena liberación y el autoconocimiento, el poeta va hilvanando sus leves reflexiones sobre la felicidad, sobre la propia escritura, sobre el concepto de vacío o sobre la naturaleza misma de las cosas, esa presencia callada y siempre significativa de los objetos con los que a menudo tiende a identificarse, en una tarea que corre paralela al afán de liberación del poeta, que aspira a diluirse, a entrar en comunión con la materia en sus diferentes estados o manifestaciones: Así, le vemos expresando su deseo de transformarse en agua o en roca, como si de ese modo pudiera repetirse el ciclo natural de la existencia, y así pudiera ser posible “vivir,/ resucitar/ de nuevo a cada instante.”

No es nuevo en José Corredor-Matheos este impulso ascético de liberación, este afán de romper con toda clase de lastres y dependencias, para alcanzar la pura y sencilla “alegría de vivir”, la paradójica sensación de saberse lleno y vacío al mismo tiempo: “El mundo ahora está/ entrando en ti,/ llenándote, vaciándote”, o bien: “Qué vacío más lleno”... Extasiado en la más pura serenidad contemplativa, el poeta sólo encuentra en las paradojas del budismo zen, que le son tan afines, el modo de expresión de ese estado interior que consiste en el goce de existir y que se refleja en versos tan reveladores como estos: “qué paz, la de sentirte/ estar aquí, no estando.”

Otras veces son algunos elementos de la naturaleza o del paisaje los que se utilizan como resortes para activar la potencialidad meditativa y ahondadora de estos versos. Así sucede por ejemplo con el mar en la cuarta parte del libro, un mar, real o imaginario, que le sirve para llegar al concepto ascético de “desnudez”, que es una variante más del concepto de vacío. Un mar que es también imagen de la infinitud y territorio donde es posible contemplar, siempre con mirada limpia, el espejismo de la transustanciación. Mediante esa mirada integradora, se hace posible una nueva paradoja, la de ser sujeto y objeto al mismo tiempo, o dicho de otra manera, la de convertirse en una conciencia donde el

contemplador y lo contemplado se funden.

Tú lo contemplas todo,
y sientes que también
está todo mirándote.

En otros casos, como sucede en la tercera parte, son otros elementos más humildes, pertenecientes a una realidad más próxima y cotidiana, los que adquieren mayor relieve: una paloma muerta, un girasol, unas flores sobre el césped, unas nubes o unos fuegos artificiales, se convierten en objeto de sus reflexiones o sus interrogantes, estableciendo con ellos un diálogo ficticio que es, en realidad, un monólogo mediante el cual todo, por insignificante que parezca, se vuelve trascendente.

Finalmente, después de oír *“la música que emana/ de las cosas”* o después de escuchar la *“manera que tiene/ el tiempo de pasar,/ como quedándose”*, el poeta dedica los últimos poemas del libro, los de la parte séptima, a escuchar la música del propio poema, el mensaje oculto de los versos. Un último intento de reflexión metapoética mediante la cual indaga en el instante anterior a la escritura, en su naturaleza y su sentido. Se trata, en definitiva, de arrancar unos versos al silencio y sentir el vacío donde todo era árbol, plenitud de ser. Convencido de que el último destino de todas sus palabras es *“hallar en el silencio/ su total cumplimiento.”*

PEDRO ANTONIO GONZÁLEZ MORENO